

## La escritura de la historia de la filosofía

(En torno al libro de Juan Padilla *Aventuras y desventuras de la razón. Historia del pensamiento occidental*)

Rogelio Rovira

El libro de Juan Padilla *Aventuras y desventuras de la razón. Historia del pensamiento occidental* (Madrid, Centro de Estudios Financieros, 2021) es un verdadero regalo para el espíritu<sup>1</sup>. Su lectura no solo nos enseña cosas que no conocíamos. También las que ya sabíamos las vemos a nueva luz gracias a esta visión de conjunto del curso del pensamiento occidental. Pero el libro de Juan Padilla no solo nos informa y amplía nuestro saber o nos invita a considerar bajo otros aspectos los conocimientos ya poseídos. El autor, en su obra, nos insta permanentemente a pensar, a proseguir la meditación de los problemas filosóficos cuya historia nos narra. El viaje espiritual que con su lectura realizamos nos depara sorpresas permanentes y alimenta sin cesar nuestra propia meditación.

¿Cómo agradecer al autor la valentía intelectual y el colosal esfuerzo derrochados en la escritura de esta “obra de síntesis”, como él mismo la califica en la primera línea del Prólogo, síntesis que requiere, sin embargo, previos y rigurosos análisis y amplias y profundas meditaciones? No encuentro mejor forma de expresar mi agradecimiento a Juan Padilla por el libro que nos ha regalado que poner de relieve de forma expresa las principales dificultades –no todas, desde luego– a las que ha tenido que enfrentarse al escribir su libro y la manera, sensata, original y profunda, en que las ha resuelto.

Las dificultades que supone escribir una obra de estas características no se hallan solo en la amplitud de la materia estudiada, y es mucha, en verdad, la complicación que esta extensión implica. Padilla nos narra la historia del pensamiento desde sus inicios en las costas de Jonia, es decir, desde finales del siglo VII y mediados del siglo VI antes de Cristo, hasta los inicios de este nuestro siglo XXI. ¡Nada menos que unos dos mil seiscientos años de ideas, teorías, descubrimientos intelectuales, dos mil seiscientos años de sistemas filosóficos, de disputas interminables, de críticas y contrarréplicas! Hasta las apretadas setecientas páginas del libro se nos antojan pocas para contar tan larga y compleja historia.

---

<sup>1</sup> La presente nota reproduce, con algunas ampliaciones, el texto leído en el acto de presentación del libro celebrado el 7 de abril de 2022 en la sede madrileña del CEF (Centro de Estudios Financieros) y la UDIMA (Universidad a Distancia de Madrid). En el acto de presentación de la obra, que fue presidido por D. Roque de las Heras, presidente de honor del Grupo Educativo CEF-UDIMA, acompañaron al autor, además de quien esto escribe, D. Juan Pablo Fusi, académico de la Real Academia de la Historia, y D. Helio Carpiñero, académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Permítaseme que abra un breve paréntesis y que interrumpa momentáneamente mi comentario sobre la dificultad que entraña escribir una obra de la naturaleza de la que hoy presentamos. He dicho que el libro de Juan Padilla consta de unas setecientas apretadas páginas. Pero con esta expresión no quiero dar una falsa imagen de la obra, que tanto literaria como tipográficamente es impecable. Juan Padilla escribe con suma claridad y elegancia, con gusto literario exquisito. La lectura de estas muchas páginas no encuentra tropiezos: fluye con amenidad y cuesta interrumpirla. A ello contribuye también el cuidado de la edición, la tipografía elegida, la práctica ausencia de erratas, el idóneo gramaje del papel, las bien elegidas ilustraciones, muchas de ellas a todo color, que enriquecen la obra. Para un amante del libro, del libro en papel, esta obra es una delicia.

Pero sigamos señalando las dificultades a las que se ha debido enfrentar Juan Padilla para poder entregarnos el libro del que hoy podemos disfrutar. No basta encarecer el largo estudio que hay detrás de él, las largas horas de análisis de los libros de los filósofos, la ingente labor de recopilación, ordenación y asimilación de los conocimientos, no solo filosóficos, sino de historia política y social y de otras muchas disciplinas. Juan Padilla ha escrito una obra de historia de la filosofía y ya solo emprender esa tarea le ha planteado, cuando menos, *cinco problemas ineludibles*. El modo en que los ha resuelto en su libro revela el valor y la originalidad de esta historia del pensamiento occidental, que no es, por ello, una más entre las muchas que ya existen, sino que está llamada a ocupar un lugar propio.

El *primer problema* al que ha debido enfrentarse Juan Padilla es el de la *naturaleza* del saber que llamamos “historia de la filosofía”. ¿Es la historia de la filosofía un saber histórico o un saber filosófico? Por supuesto que, para escribir una historia de la filosofía, hay que saber historia, y mucha, y filosofía, y muchísima, al igual que, para escribir una historia de la medicina, pongamos por caso, hay que saber mucha historia y mucha medicina. Pero, en el ejercicio de su profesión, un médico puede pasarse, mal que bien, sin tener demasiados conocimientos de la historia del arte médico. También se puede ser un avezado matemático e ignorar quien fue Domninos de Larissa o Autólico de Pitane. Pero el que aspira a ser filósofo no puede desconocer la historia de su disciplina. Para el médico o el matemático, la historia de los saberes que cultiva son un mero complemento para su formación o, si se quiere, una curiosidad muy digna de conocerse. Para el filósofo, en cambio, el conocimiento del desarrollo histórico de su saber es cosa esencial de la que no cabe prescindir.

Siempre me ha hecho pensar este hecho elemental y repetido. Hoy en día, un profesor universitario de química, por ejemplo, no puede basarse ni recomendar como libro de texto de su asignatura el *Tratado elemental de química* de Lavoisier, publicado en 1789, el año de la Revolución francesa. Lo echarían, sin más, de la universidad por dar doctrina anticuada y en muchos puntos superada. Sin embargo, hoy en día un profesor universitario de filosofía puede perfectamente introducir a sus estudiantes en las claves del pensamiento filosófico más actual tomando como textos de referencia los fragmentos de Anaximandro o de Parménides. Así lo hizo Heidegger, por ejemplo, en la Universidad de Friburgo en las clases que dictó en el semestre de verano de 1932.

Hasta el propio Kant, que consideraba que la filosofía ha de organizarse de modo arquitectónico, a partir de puros principios racionales, se vio en la necesidad de concluir su *Crítica de la razón pura* con una breve y esquemática “Historia de la razón pura”, de la que dice que es parte esencial del sistema mismo de la razón pura.

Es claro que no cabe hacer una historia a priori de la filosofía, como pretendía Kant, es decir, una historia construida a partir de meros principios racionales sin atender, o atender muy poco, a los datos de la realidad histórica. Pero tampoco cabe una historia de la filosofía que no esté puesta al servicio de la sistematicidad del pensar.

Juan Padilla ha conjugado con maestría ambos extremos. Su libro ofrece precisos datos históricos, bebe en las fuentes, se apoya en los textos y da cuenta de acontecimientos históricos que permiten entender mejor el surgimiento de una idea filosófica o, viceversa, de una idea filosófica que ha dado lugar a un acontecimiento histórico. Pero la historia del pensamiento occidental que nos ofrece Juan Padilla está orientada a la formación filosófica, y no meramente erudita, del lector. Permítaseme servirme por enésima vez de una citadísima sentencia de Kant, que el pensador de Königsberg repite más de una vez. Me refiero a la sentencia que leemos, entre otros lugares, en la *Reflexión 1652*: “No se puede aprender filosofía, pero sí se puede aprender a filosofar” (*Man kann keine Philosophie lernen, wohl aber philosophieren lernen*). Cabe decir que en su libro Padilla enseña filosofía, da noticia de sistemas filosóficos, informa de la doctrina de muchos pensadores, pero no olvida que ello no puede hacerse sin filosofar, sin enseñar a la vez a pensar, sin mostrar, en expresión del propio Padilla, la “dramaticidad” que entraña todo problema filosófico.

Si el primer problema al que ha tenido que hacer frente Juan Padilla se refería a la peculiar índole de la historia de la filosofía, el *segundo problema* concierne a la *relación* de la historia de la filosofía con la historia de otros saberes o formas de conocimiento. No cabe narrar la historia de la filosofía aisladamente, sin tener en cuenta sus múltiples conexiones mutuas con las ciencias particulares y la religión. Padilla es plenamente consciente de este hecho. En las primeras páginas de su libro nos recuerda que la filosofía es un saber puramente racional, radical y universal. La ciencia es también un saber racional, pero busca las causas de los fenómenos que se pueden comprobar en la experiencia y acota temática y metodológicamente sus respectivos campos de investigación en las llamadas “ciencias particulares”. La religión, entendida como forma de saber, ofrece una visión universal sobre el sentido de la vida y la realidad en su conjunto, pero en su elaboración no solo recurre a la razón, sino a esa forma de saber llamada “fe”, que supone aceptar la revelación de una divinidad. La obra de Juan Padilla tiene como eje central la historia de la filosofía, pero no olvida mostrar las conexiones mutuas de la filosofía con las ciencias particulares y con la religión. De ahí el subtítulo de su libro, que no es “Historia de la *filosofía* occidental”, sino “Historia del *pensamiento* occidental”.

En el libro encontramos, por supuesto, claras exposiciones de los diversos sistemas filosóficos. Pero a la vez que se exponen esos sistemas se muestran también, según sea la época que se estudie, sus conexiones con la medicina hipocrática, la ciencia helenística, la ciencia de la época romana, el renacimiento científico y el surgimiento del método de la ciencia moderna, el sistema científico de Newton, la ciencia romántica, la concepción positivista de la ciencia, la fundación de la psicología científica y de la sociología y, en fin, el estado de las ciencias en el siglo XX.

A la vez, la exposición de los sistemas filosóficos no se hace tampoco sin dar cuenta del decurso histórico de la religión, particularmente de la religión cristiana. Así, según sea el periodo considerado, Juan Padilla atiende no solo a las religiones griegas y sus diversas mitologías, sino también, y sobre todo, a la innovación del pensamiento cristiano y sus mutuas relaciones con la filosofía griega, al pensamiento

de las Padres de la Iglesia, a la mística alemana, a la Reforma protestante, a la reforma católica, al racionalismo religioso y la crisis religiosa del XVIII, al papel del cristianismo en la Ilustración o al reciente surgimiento de la llamada “ciencia de las religiones”.

El *tercer problema* que dificulta sobremanera escribir un libro de la índole del que presentamos afecta a la cuestión del *desarrollo* de la historia de la filosofía. El saber filosófico no sigue un desarrollo puramente lineal o temporal. En él, lo último que se ha pensado no es por ello lo mejor pensado. Lo nuevo no es necesariamente lo bueno. En la historia de la filosofía se dan simultáneamente esos fenómenos que Julián Marías ha llamado, en fórmula magistral, “innovación y arcaísmo”. Juan Padilla, profundo conocedor del pensamiento de la llamada “Escuela de Madrid” –a la que, por supuesto, da en su obra la importancia que merece, situándola al lado de las fenomenologías existencial y hermenéutica–, Juan Padilla –digo– conoce muy bien estos fenómenos de la innovación y el arcaísmo. A veces, el pensamiento más reciente en el tiempo es, en rigor, arcaico, ya cien veces refutado y cien veces revelada su inanidad. Otras veces, pensamientos antiquísimos resultan encerrar una capacidad innovadora inagotable y siguen vivos siglos después. Las más de las veces, innovación y arcaísmo coinciden en la misma generación de pensadores. Por eso en la historia de la filosofía se producen esas “vueltas a”, vuelta Aristóteles, vuelta a Kant, esos “renacimientos”, esas “reformas”, pero también esas “anticipaciones” según las cuales un pensador antiguo es el inmediato predecesor intelectual de otro acaso siglos posterior a él.

El historiador de la filosofía ha de atender, desde luego, a la cronología, pero no puede desentenderse de este fenómeno del progreso o retroceso del pensamiento ni del fenómeno de la “vuelta” de los pensadores más recientes a un pensamiento anterior, a veces muy alejado de su propio tiempo, ni de las “anticipaciones” de un pensamiento que se recoge y fructifica siglos después. ¿No responde, en buena medida, precisamente a este asunto el elegante título que Juan Padilla ha dado a su libro: *Aventuras y desventuras de la razón*?

Para ilustrar el modo en que Juan Padilla ha resuelto en su obra este tercer problema, ilustraré los hechos a los que me he referido con un caso único, acudiendo para ello a los primeros años de la filosofía. Padilla no utiliza en su libro –creo que con buen criterio– la designación habitual de “filósofos presocráticos” bajo la que los historiadores de la filosofía pretenden cobijar a los pensadores que existieron antes que Sócrates. Bien mirado, la designación es equívoca: algunos de esos pensadores fueron más jóvenes que Sócrates. Tal es, por ejemplo, el caso de Demócrito. El considerado “presocrático” Demócrito nació diez años después de Sócrates y vivió casi treinta años más tras la muerte del filósofo ateniense. ¿Por qué exponer, entonces, su sistema atomista antes que el pensamiento de Sócrates y su polémica con los sofistas? La enseñanza de Juan Padilla es clara al respecto. Nos dice, en efecto, que “Demócrito comparte supuestos y planteamientos con Empédocles y Anaxágoras. Se trata también para él de buscar los elementos inalterables y eternos (como el ser parmenídeo) que puedan dar razón de la pluralidad, el cambio y el movimiento, sin recurrir a la generación y a la corrupción”. Y por si hubiera dudas, dice un poco más adelante: “En el pensamiento de Demócrito hay aspectos arcaicos y modernos. Prolonga las especulaciones cosmológicas milesias y su reflexión sobre la naturaleza cuando ya se imponen en Atenas nuevos temas y nuevos centros de interés. Anticipa la visión mecanicista y ‘matemática’ de la naturaleza que se impondrá en la Edad

Moderna, pero sus átomos tendrán poco que ver con los de la física moderna”. He aquí, pues, en un solo caso, arcaísmo, innovación y anticipación.

Un *cuarto problema* con el que ha tenido que enfrentarse Padilla a la hora de escribir su libro es el que se refiere a los *protagonistas* de la historia de la filosofía. ¿Quiénes son los verdaderos protagonistas de la historia de la filosofía, los filósofos originales y creativos o las tendencias y creencias filosóficas que caracterizan las distintas épocas? ¿Cómo hay que escribir la historia de la filosofía? ¿Acaso en el estilo de Karl Jaspers, que publica una famosa obra, la titulada *Los grandes filósofos*, formada por varias series de monografías que estudian los diversos pensadores clasificándolos bien como “los hombres decisivos”, bien como “los fundadores del filosofar”, bien como “los metafísicos que pensaron desde el origen”? ¿O habría que escribir la historia de la filosofía al estilo, por ejemplo, de Paul Hazard, que publica el libro *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, en el que, más que ofrecer la doctrina de pensadores concretos, expone lo que conformaba la conciencia europea en esa época de la historia?

El modo en que se enfrenta Padilla a este difícil problema lo deja claro en el Prólogo mismo de su libro, en el que afirma tajantemente: “Lo decisivo son las creencias de la época, pero estas solo se observan y comprenden encarnadas en los individuos”. Por eso en el libro de Juan Padilla encontramos descripciones de las “características generales” de las determinadas épocas, narraciones de los “movimientos de las ideas”, con frecuencia aparece en sus páginas la expresión “clima espiritual” referida a uno u otro momento de la historia. Pero también hallamos exposiciones fidedignas y claras del pensamiento de los grandes filósofos, que no aparecen ya como meras monografías superpuestas.

En cierto modo, los cuatro problemas mencionados vienen a confluir en un *quinto problema*, de extrema dificultad cuando se escribe una historia del pensamiento filosófico en su conexión con la ciencia y con la religión. A Juan Padilla –lo sé por su propio testimonio– el problema le ha preocupado mucho y a él le ha dedicado no pocas meditaciones. Se trata del problema de los *criterios de la elección* de los “acontecimientos” que merecen ser narrados en la historia de la filosofía. ¿Qué criterios hay que seguir para seleccionar lo digno de ser contado de aquello de lo que cabe prescindir en la narración? En una historia de la filosofía ¿hay que contar solo el pensamiento intrínsecamente relevante, es decir, los logros intelectuales que de alguna manera permanecen a lo largo del tiempo? ¿O hay que dar también espacio al pensamiento más efímero, es decir, al éxito intelectual históricamente relevante en un momento, pero luego ya caído en el olvido para siempre?

Juan Padilla da cuenta –no podía ser de otra forma– de lo que considera las aportaciones eternas e irrenunciables del pensamiento. Narra las buenas venturas de la razón. Pero no prescinde de dar cuenta también de lo que en su momento tuvo importancia, pero hoy ya nadie recuerda. Narra también las malas venturas de la razón. En la historia del pensamiento que ofrece Padilla no solo se estudia, dándoles generoso espacio, a Platón, a Aristóteles, a Kant o a Hegel. También se concede su lugar, por ejemplo –pongo el caso que suele señalar al respecto el propio Padilla–, a Herbert Spencer, cuyo pensamiento está hoy casi, si no enteramente, olvidado. No obstante, en su historia de las aventuras y desventuras de la razón Juan Padilla siempre se cuida de distinguir y separar lo que tiene valor permanente de lo que solo tuvo valor efímero. Así, respecto del británico Spencer y su doctrina evolucionista escribe: “Era tal su prestigio que, al conocer su muerte, el Parlamento

italiano interrumpió la sesión. Su fama se desvaneció con la misma rapidez que la sociedad que representaba”.

Escribir una historia de la filosofía presenta, además de los señalados, muchos otros problemas. No es tampoco el menor de ellos contextualizar en la vida social, política, económica, artística, etc. de las sociedades, el pensamiento filosófico, expuesto –sobre la base del estudio de los individuos que lo encarnan– en sus relaciones con la ciencia y la religión.

Pero bastan acaso las someras indicaciones aquí ofrecidas de los principales obstáculos que ha debido superar Juan Padilla –y, en verdad, los ha superado brillantemente–, para agradecerle con conocimiento de causa el regalo que nos ha hecho con la pulcra edición de este libro. Es, en verdad, una obra de madurez intelectual, que encierra un profundo y extenso conocimiento de historia, de ciencia, de religión y, sobre todo, de filosofía, expuesto con elegancia y agilidad. Es, por ello, una obra que se pone explícitamente al servicio no solo de los estudiosos de la filosofía, sino también de cualquier lector interesado por conocer los avatares de la razón.

No cabe, pues, más que agradecer el esfuerzo y la inteligencia derrochados por Juan Padilla para ofrecernos este libro cuyo protagonista es la razón, la razón humana en sus logros y en sus fracasos, en sus aventuras, o buena fortuna, pero también en sus desventuras, o mala fortuna. En cualquier caso, una historia de la razón humana que, como dice su propio autor, “es una dimensión de nuestro ser, nuestro subsuelo, nuestra historia, en cierto modo nuestra biografía”.